

MARIA NIKOLAI

La mansión  
de los  
chocolates  
Los años dorados

*Traducción:*

ELENA ABÓS y LAURA MANERO



MAEVA

# 1

*Stuttgart, finales de abril de 1926*

—¡SEÑORITA, DESPIERTE!

La amable voz del revisor se entrometió sin permiso en los sueños de Serafina, que abrió los ojos y parpadeó adormilada.

—¿Ya hemos llegado?

Le parecía imposible no haber oído el chirrido de los frenos ni haber notado los trompicones y sacudidas que precedían cada parada del tren. El revisor sonrió satisfecho.

—Estamos en Stuttgart, el destino que indica su billete. Y si no desciende usted ahora mismo, viajará con nosotros hacia el lago Costanza.

—¡Oh! —Serafina se espabiló de golpe, se levantó, se alisó lo imprescindible las arrugas del vestido y sacudió su melena negrísima, cortada *à la garçonne*.

—Permítame que la ayude —se ofreció el revisor, mientras alcanzaba las maletas del portaequipaje. Mientras tanto, ella se puso los guantes en un santiamén, tomó el bolso y el abrigo, y salió del compartimento. El revisor la siguió con las dos maletas, descendió del vagón detrás de ella y se las entregó.

—Muchas gracias —dijo Serafina mientras se hacía cargo de sus bultos.

—No hay de qué —respondió el revisor—. Le deseo una estancia agradable, señorita —añadió al tiempo que levantaba dos dedos hacia la gorra en señal de despedida.

Serafina se despidió agradecida con una inclinación de cabeza y se unió a la riada de viajeros que se apresuraban hacia la cabecera del andén. El vapor humeante de la locomotora seguía flotando en el aire, aunque iba desapareciendo velozmente por los espacios libres entre el techado de los andenes. La joven atravesó uno de los grandes arcos y entró en el espacioso vestíbulo de la estación.

A su alrededor las personas se dirigían apresuradamente hacia la salida o saludaban a sus familiares. Se detuvo. Habían quedado en ir a recogerla, pero no reconoció a nadie que pareciera estar buscándola. No le quedaba más remedio que esperar.

Depositó en el suelo sus maletas, cuyo peso delataba lo llenas que estaban. Parecía que no solo llevara su ropa en ellas, sino todo el lastre de las últimas semanas: la triste despedida de su padre, la terrible noche en el Metropol, la incertidumbre de lo que la esperaba en Stuttgart.

Notó el inicio de un ligero dolor de cabeza. Seguramente llevaba demasiado tiempo sin comer y había bebido poco durante el viaje. Se frotó el cuello e intentó ignorar las preocupaciones. Encontraría alguna forma de seguir adelante. No había alternativa.

Miró a su alrededor.

La nueva estación de Stuttgart con sus formas rectas y poderosas transmitía un aire de ligereza y, al mismo tiempo, de severidad. El gran estruendo, así como la enorme zona en obras, revelaban que aún no estaba terminada.

Su mirada se detuvo en una máquina de color rojo intenso, de la altura de una persona, que se hallaba junto a una pared a unos metros de distancia, con un llamativo rótulo: Rothmann. Aquel era un primer saludo de bienvenida en tierra extraña, pues era evidente que se trataba de una máquina expendedora de chocolate de la empresa de su hermanastro Victor.

Seguramente una chocolatina le aliviaría el dolor de cabeza. Serafina trasladó su equipaje unos pasos, lo dejó junto a la

máquina y buscó el monedero en su bolso. Acababa de encontrar una moneda de diez céntimos y se disponía a introducirla en la ranura, cuando alguien se colocó a su espalda. Se giró molesta.

—¡Hemos tenido las dos la misma idea! —exclamó una joven, desafiante, mientras lanzaba una moneda al aire y la volvía a coger—. *Mais, après vous*, por favor, usted primero.

Serafina cerró instintivamente la mano con la moneda y examinó a la mujer que se encontraba a su lado. Su rostro juvenil no encajaba con aquella voz grave y ronca, con ligero acento francés; una voz que, sin embargo, pegaba muy bien con el traje oscuro con chaleco y corbata que vestía. Sobre el cabello castaño, corto y liso llevaba un sombrero masculino. Solo la blusa blanca destacaba entre los colores apagados de su indumentaria.

Serafina vaciló un momento, después se encogió de hombros, se volvió de nuevo a la máquina e introdujo la moneda. Inmediatamente sonó una cancioncilla infantil: «Es klappert die Mühle am rauschenden Bach» (*El molino golpetea junto al murmullo del arroyo*). Al mismo tiempo, se puso en movimiento la rueda de un molino que se veía tras la vitrina. Mientras la rueda giraba, apareció la figurita esmaltada de un molinero empujando una cajita metálica hacia la ranura de salida. Serafina la cogió y abrió la tapa.

—¡Mmm, tiene buena pinta!

La joven se inclinó también sobre la caja.

—*Un bonbon au chocolat?* ¿Relleno?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —respondió Serafina con aspereza. Se sintió atosigada por la chica, pero en cuanto vio la expresión de entusiasmo en sus ojos oscuros, aquella sensación desagradable desapareció—. ¿Lo probamos? —preguntó más amable.

—¡Con mucho gusto!

Cada una eligió un bombón redondo y reluciente.

—Sí, están rellenos —confirmó alegre la chica—, de vainilla.

—El mío sabe a frutas, un poco ácido —respondió Serafina—. Yo creo que a grosella.

—Sean de lo que sean, son deliciosos —afirmó la joven—. Por cierto, ¡me llamo Lilou! —se presentó, guiñando un ojo.

—Yo soy Serafina.

—Bonito nombre —comentó Lilou con naturalidad—. ¡La ardiente!

—¿Ardiente?

—Sí, es lo que significa Serafina. ¡Te pega!

Lilou había pasado a tutearla sin más. Serafina sonrió con timidez.

—¡Pero si usted... si no me conoces de nada!

—Puede ser, pero conozco muy bien a la gente.

—Ah, bueno... vale. ¿Y qué quiere decir Lilou?

—En realidad me llamo Louise, que quiere decir la luchadora. Pero nadie me llama así —explicó Lilou—. Bueno, ahora me toca a mí. ¡Están buenísimos estos bombones!

Serafina se apartó y Lilou sacó otra cajita de la máquina.

—¿De dónde vienes, Serafina? —preguntó cuando se paró la música y la rueda de molino se detuvo.

—De Berlín. ¿Y tú?

—Yo vengo de París.

—¿De París? —Serafina sintió curiosidad. Ya había identificado el ligero acento francés, pero el hecho de que Lilou fuera parisina hacía aquel encuentro aún más interesante—. ¿Y qué te ha traído a Stuttgart?

—¿Conoces a Josephine Baker?

Serafina negó con la cabeza.

—*Non?* —Lilou pestañeó con incredulidad—. Es una bailarina, ¡la más grande de todas! Tienes que conocerla. ¿Sabes dónde está el Friedrichsbau?

—No, acabo de llegar a la ciudad.

Lilou miró las maletas de la chica y se rio.

—Sí, claro. Qué tonta soy, perdona. El Friedrichsbau es un teatro de aquí, de Stuttgart. La semana que viene se celebrará allí un espectáculo. ¡Tienes que verlo!

—Primero tengo que ver... —empezó Serafina, cautelosa.

—¡Si no vienes, te vas a perder algo grande! —Lilou metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó un lápiz y una tarjeta blanca y anotó algo—. Toma —le dijo—, aquí tienes mi nombre, Lilou Roche. También he apuntado el nombre de nuestro hotel. Por cierto, que dentro de dos semanas continuamos viaje hacia Berlín.

—¿En serio? ¿A Berlín?

—Sí. Josephine ha actuado varias veces en el teatro Nelson, desde principios de año.

Entonces Serafina recordó los carteles y las noticias en los periódicos.

—Josephine Baker... tiene otro color de piel, ¿verdad?

Lilou se rio con ganas.

—¡Ah, resulta que sí la conoces!

—¡En Berlín no se hablaba de otra cosa! —exclamó Serafina. Sintió que una emoción chispeante se apoderaba de ella. El mundo del teatro y las variedades le provocaba al mismo tiempo cierta atracción y algo de rechazo. Aquel *demimonde* era peligroso, y su padre se había mostrado decidido a protegerla de él.

Miró la tarjeta.

—Mmm, hotel Marquardt en la Schlosstrasse. No conozco nada de Stuttgart—. Pensó un momento—. Y tampoco sé si sería apropiado que asistiera a un espectáculo de revista aquí.

—¿Y por qué no? ¡Todo el mundo quiere ver a Josephine Baker! —Lilou dio una palmada—. Piénsatelo, *ma chère* Serafina. Ahora debo macharme. ¡Hasta pronto!

Le lanzó un beso con la mano y desapareció entre el bullicio de la estación.

Serafina se guardó la tarjeta y meneó la cabeza con incredulidad. Ahora que estaba en Stuttgart, lejos del desenfreno de Berlín, se topaba a una acompañante de Josephine Baker frente a una máquina expendedora de chocolatinas. A veces la vida te da sorpresas. Tomó otro bombón de chocolate. El dolor de cabeza se había esfumado.

Mientras saboreaba el dulzor con notas amargas del chocolate negro y pensaba que el carácter abierto y descarado de Lilou no pegaba ni con su voz ni con su atuendo, vio a un hombre mayor que se dirigía hacia ella.

—¿Señorita Rheinberger?

El hombre llevaba un uniforme oscuro de chófer, con la gorra de visera a juego sobre el pelo cano.

—¿Sí? —la joven se tragó el bombón.

—Me llamo Theo, disculpe usted el retraso, por favor. Soy el chófer de los Rheinberger.

—Buenos días, Theo —respondió Serafina, contenta de no tener que esperar más.

—El señor Rheinberger me ha pedido que le comunique que le habría gustado venir personalmente, pero no le ha sido posible dejar la fábrica —informó Theo, que indicó las maletas con un gesto—. ¿Me permite?

—Muchas gracias.

Serafina lo siguió a través de otro arco que daba a un vestíbulo con las paredes revestidas de arenisca. La luz entraba a través de unos enormes ventanales, creando una atmósfera mágica en aquella nave tan alta que recordaba a una catedral. Una amplia escalera, ribeteada por un elegante pasamanos, descendía hacia las taquillas, la oficina de correos y un quiosco, en dirección a la salida.

Al atravesar las puertas de doble hoja hacia la plaza de la estación, los recibió una gran algarabía acompañada por pitidos de claxon.

—¡Venga por aquí! —Theo indicó hacia la derecha, donde se veían varios automóviles aparcados frente a un vestíbulo con columnas que conectaba los dos enormes edificios principales de la estación.

Serafina fue detrás del chófer y estuvo a punto de tropezarse con la carretilla de una mujer mayor a la que no había visto entre el ajetreo de los vehículos.

—¡Mire por dónde va! —le gritaron cerca del oído. Un ciclista que se aproximaba desde el otro lado hizo sonar el timbre, malhumorado.

Mientras tanto, Theo había llegado junto a un Mercedes de color burdeos y estaba cargando su equipaje. Cuando Serafina lo alcanzó, este le abrió la puerta con una ligera reverencia. Subió al auto.

En el interior olía a cuero y a abrillantador y a nuevo.

El automóvil estaba cuidado con esmero: ni una mota de polvo ensuciaba los acabados de madera y los tiradores brillaban relucientes. Transmitía un aire de nobleza y elegancia, exactamente como se lo había imaginado.

Victor era una persona adinerada, eso ya lo sabía. Cuántas veces había oído a su padre hablar con orgullo de su único hijo, que dirigía en Stuttgart un negocio floreciente. Aquello había despertado en ella unos celos absurdos que realmente no era capaz de explicarse, ya que no se consideraba ni envidiosa ni celosa. Aun así, le había costado aceptar que había otra persona en el mundo tan cercana a su padre, alguien a quien él respetaba y quería mucho. Friedrich Rheinberger había ido incluso un paso más allá: su testamento incluía una disposición en la que Serafina quedaba bajo la tutela de Victor, que duraría hasta que cumpliera los veintiún años en enero. Y ese mismo día recibiría también su parte de la herencia.

Su padre. Le dolía pensar en él.

Con un leve suspiro, tragó el nudo que de repente le oprimía la garganta, alisó la falda del vestido de viaje, extendió el abrigo sobre las piernas y colocó el bolso a su lado, sobre el asiento. El color ocre anaranjado del bolso hacía un bonito contraste con el cuero negro del asiento, que se sentía cálido por el efecto del sol. Hacía bochorno y Serafina confiaba, no solo por eso, en que la última etapa de su viaje fuera corta. Estaba agotada, aunque había pasado las últimas horas en el tren dormida o adormilada.

—Bueno, señorita Rheinberger —dijo Theo, mientras ocupaba su lugar en el asiento del conductor—, ya podemos ponernos en camino. Ya verá qué tranquilo es todo en Degerloch. Y allá arriba se respira aire puro. Así podrá recuperarse del viaje.

Arrancó el vehículo, salió del aparcamiento y se incorporó hábilmente al tráfico irregular de las calles de Stuttgart. Serafina se recostó en el asiento y dejó vagar la vista a través de la ventanilla, pero los hermosos edificios se sucedían sin que ella apenas se fijara en ellos. Cada poco tenía que luchar por no dejarse vencer por el cansancio y mantener los ojos abiertos.

Se había sometido a la última voluntad de su padre. En un principio, la idea de abandonar Berlín le resultó horrible, pero ahora se alegraba de poder distanciarse de los acontecimientos de los últimos días. En Stuttgart encontraría la paz necesaria para decidir cómo continuar con su vida.

Theo tomó una amplia avenida que al poco tiempo fue trazando curvas elegantes para ascender una colina, junto a residencias elegantes, el verde intenso de los viñedos y mansiones ostentosas, algunas de ellas rematadas con torres. No había duda de que se trataba de un barrio de gente adinerada.

—Este es el tramo nuevo de la carretera de los viñedos —explicó Theo, que quería hacerle el trayecto agradable dándole conversación—. ¡Mire la ciudad desde aquí arriba! Unas vistas maravillosas.

—Es verdad —respondió a pesar de su cansancio. En un intento por mostrarse amable con Theo, se incorporó para contemplar la ciudad, que bajo la luz del atardecer lucía tranquila y agradable. Muy distinta a la animada Berlín, donde nunca parecía reinar la paz.

Adelantaron a un tranvía de color amarillo, que también ascendía la colina, y cuando por fin llegaron a la altura del restaurante Filderhöhe, el chófer giró a la derecha. El entorno era tan rural que por un momento Serafina pensó que se habían equivocado de camino. Primero pasaron por delante de granjas,

talleres de artesanos y tabernas, después tomaron un camino entre prados y árboles, hasta que, de repente, se encontraron en un barrio de mansiones impresionantes.

Theo continuó durante dos manzanas, redujo la marcha, enfiló una corta vía de acceso y atravesó un alto portón de hierro que los esperaba abierto de par en par. Tan solo unos metros los separaban de la casa.

—Aquí estamos —anunció Theo con un asomo de orgullo mientras detenía el automóvil—. ¡Bienvenida a su nuevo hogar, señorita Rheinberger!

La joven esperó a que Theo la ayudara a salir del automóvil y, mientras el hombre se ocupaba de nuevo de su equipaje, permaneció un momento observando su nuevo hogar. Enseguida llegó a la conclusión de que el llamativo y espacioso edificio, aunque de aspecto distinguido y acogedor, transmitía una sensación de altivez pomposa. La luz vespertina delineaba la fachada, con sus resaltes y voladizos, y le restaba así algo de severidad. Además, le gustó que la mansión estuviera pintada en un tono amarillo pálido, que armonizaba muy bien con el blanco de las ventanas y los frontones.

—Bueno, pues adelante —dijo Theo de buen humor, con las dos maletas en la mano.

En ese momento se abrió de golpe la puerta principal.

—¡Ya están aquí!

Una niña salió corriendo a recibirlos. Llevaba los rizos claros recogidos a duras penas en una trenza.

—¡Ay, Viktoria, despacio! —la regañó una mujer que apareció al mismo tiempo en el umbral. Por la ropa se veía que era una empleada. La niña ignoró sus palabras y siguió corriendo.

—Así que tú eres mi tía —declaró al plantarse frente a Serafina, mientras la miraba de arriba abajo—. Yo soy Viktoria.

—Me llamo Serafina.

—Ya lo sé. Papá y mamá me han hablado mucho de ti.

—Ah...

—Viktoria, deja a la señorita entrar en casa tranquila —intervino Theo—. Ha tenido un largo viaje.

Le hizo un gesto con la cabeza a Serafina, con la intención de dirigirse al edificio.

—¡Sí, entra! —exclamó Viktoria inmediatamente—. ¡Te enseño tu habitación! —Y sonrió a Theo de buen humor.

Serafina se fijó en la sonrisa cariñosa del chófer. Era evidente que Viktoria lo tenía conquistado. Le gustó el espíritu resuelto de la niña.

—¡Pero Vicky, mira que eres! —exclamó la elegante mujer, de unos cuarenta años, que no había perdido de vista a la niña—. Tu madre te ha dicho que recibas a nuestra invitada como es debido.

—Oh, me encanta que Viktoria me haya dado un recibimiento tan caluroso —la tranquilizó—. Yo, en su lugar, me habría mostrado igual de curiosa.

—¿Ves? No hace falta que me regañes tanto, Dora —afirmó Viktoria con seguridad—. ¡Es mi tía!

—El señor y la señora están todavía en la fábrica, pues tenían que recibir a un proveedor de cacao de ultramar, pero estarán al llegar —le indicó la mujer a Serafina—. Soy Dora, el ama de llaves. —Tomó el abrigo de la recién llegada—. ¿Le gustaría descansar un poco antes de la cena, señorita Rheinberger?

—Con mucho gusto.

—La acompañaré a su habitación.

—¡No, Dora, yo la llevo! —intervino Viktoria—. ¡Se lo acabo de prometer!

—Bueno, está bien —accedió la mujer—. La cena se servirá a las siete y media en el comedor. Esperaré en el corredor..

—Sí, sí, seremos puntuales —interrumpió Viktoria, que tomó a su tía de la manga y la llevó a través de un amplio vestíbulo hacia una gran escalera curva.

ALGO MÁS DE una hora después, Dora, Serafina y Viktoria se dirigían por un amplio corredor hacia el comedor de la mansión. El delicado mosaico del suelo brillaba bajo la luz de las lámparas eléctricas de metal. Estaban situadas a intervalos regulares en las paredes pintadas de color claro y revestidas de paneles de madera blanca hasta media altura.

—Espero que haya algo rico para la cena —dijo Viktoria.

—Nuestra cocinera solo prepara cosas ricas —replicó Dora.

—Casi siempre. Pero el pescado no me gusta.

—Eso es cuestión de gustos, Vicky, no es que Gerti no lo prepare bien.

Serafina entendía bien a la niña. A ella tampoco le gustaba el pescado.

—Bueno, ya estamos, señorita Rheinberger —dijo Dora, que se detuvo ante una puerta de doble hoja—. Los señores ya se encuentran en el interior.

Llamó a la puerta y giró el picaporte de latón. Una luz cálida recibió a la chica al entrar en la sala.

—¡Serafina! ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! —Judith, la esposa de su hermanastro, se dirigió hacia ella con los brazos abiertos. Aunque ya no era tan joven, tenía un aspecto muy atractivo, con rasgos delicados y el pelo rubio oscuro recogido en un moño suelto. El vestido azul claro, hasta la pantorrilla, reflejaba a la perfección el color de sus ojos. «El mismo azul que los de Viktoria —pensó Serafina—. Solo les falta el brillo travieso de los de la niña.»

—Sí, Serafina, lo mismo digo —añadió Victor, que en ese momento apareció detrás de su esposa. Era un hombre apuesto, grande y fuerte, con las sienes plateadas. Debía de andar en la cincuentena—. ¡Bienvenida a la mansión de los chocolates! —añadió, guiñándole un ojo a Viktoria.

—Papá siempre llama a nuestra casa «la mansión de los chocolates» —explicó la niña con cara de exasperación—. Pero es una casa normal y corriente.

Serafina sonrió y notó cómo se disipaba el ligero malestar que había sentido en el primer momento de aquel encuentro.

—Gracias por permitirme venir a vivir con vosotros —respondió, mientras recibía el abrazo de Judith.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Victor.

—Largo y aburrido —respondió la joven, y Victor se rio.

—Ya me imagino. A los Rheinberger no se nos da bien pasar largas horas sentados.

—No, seguro que no. —Serafina sintió hacia Victor un apego espontáneo que la sorprendió. Los sentimientos negativos que la habían invadido tantas veces al pensar en él habían desaparecido.

—Supongo que tendrás hambre —afirmó Judith atenta, mientras le ofrecía un sitio en la mesa, que estaba puesta con mucho estilo.

—¡Serafina, tú te sientas a mi lado! —exclamó Viktoria, señalando el otro lado de la mesa.

—¡Viktoria! —reprendió Judith a su hija.

—Sí, sí, mamá. Ya lo sé. Perdón. —A pesar de sus palabras, la niña no parecía arrepentida lo más mínimo, y Serafina tuvo la impresión de que la niña no solo hacía lo que quería con los empleados de la casa, sino también con sus padres. Incluso Victor seguía la escena con una mirada benevolente, mientras abría una botella de espumoso y vertía la bebida burbujeante en las copas que ya estaban preparadas.

La muchacha se descubrió pensando que a Viktoria le vendría bien una educación un poco más estricta, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que ella y Viktoria tenían en común aquel espíritu libre.

—¿Cuántos años tienes, Viktoria? —le preguntó cuando se sentaron.

—Cumplí diez en enero —respondió su sobrina, que estaba sentada muy recta y, en contra de lo esperado, mostraba muy buenos modales—. ¿Y tú?

—Yo cumplí veinte también en enero —respondió Serafina—. El ocho, por si te interesa saber la fecha exacta.

—Ah, yo el diecisiete. Pues podríamos celebrar siempre nuestros cumpleaños juntas. Para el próximo ya tengo algo pensado: quiero ir a París —explicó Viktoria, y una expresión seria, casi triste, se apoderó de repente de su rostro.

—¿Y por qué a París? —le preguntó, sin saber a qué se debía el cambio de ánimo de Viktoria.

—Porque allí vive mi hermano.

—Nuestro hijo, Martin, estudia allí, en el conservatorio —aclaró Judith.

Serafina percibió en su mirada que Viktoria no era la única que lo echaba intensamente de menos.

—¿Sabes? —se dirigió a Viktoria—, en este momento tu hermano no está contigo, pero tú sabes que volverá. O que puedes ir a visitarlo. Y es una alegría saber que, sin duda, lo verás de nuevo. —Y en su mente terminó la frase: «Porque está vivo y no muerto, como mi padre».

—Sí, ya —respondió Viktoria, a quien la respuesta de Serafina le ofrecía un flaco consuelo—. Pero siempre tarda tantísimo...

Victor carraspeó.

—Yo también lo echo de menos —declaró, y Serafina dudó por un momento si se refería a su hijo o a su padre—. Pero —continuó, levantando la copa de espumoso— hoy brindamos por los que estamos aquí. Y por volver a ver a los ausentes.

Todos alzaron las copas. Viktoria, a quien Victor también había servido un poco de vino, probó con curiosidad un traguito y, cosa rara, no dijo nada más.

—Querida Serafina —dijo Victor—, aunque el motivo de que hayas venido a nuestra casa sea tan triste, nos alegramos mucho de tu llegada. Y también de que podamos conocernos mejor en las próximas semanas. Las disposiciones que estableció nuestro padre me demuestran sobre todo su íntimo deseo de que

nosotros, sus únicos hijos, nos sentimos unidos y parte de una misma familia. A pesar de que no hayamos crecido juntos, bueno, de que apenas nos conocíamos, me resulta muy fácil acceder a su deseo. Brindo por ti, Serafina. Y por nuestro querido padre.

En las últimas palabras su voz había sonado velada. Dirigió su copa hacia ella.

—Gracias.

No fue capaz de decir nada más. Apenas habían pasado seis semanas desde que su padre se había desvanecido y había muerto en sus brazos.

En aquel momento se abrió la puerta.

Judith saludó con un gesto amable a la cocinera, que llevaba una gran fuente sopera con la ayuda de la criada. La depositaron sobre la mesa. La sopa de chirivía, de la que emanaba un delicado aroma, iba acompañada por pan blanco recién horneado.

Serafina recuperó el ánimo con la llegada de la comida. Se sentía muy a gusto en aquel comedor elegante, iluminado por una lámpara ornamental de varios brazos. Los muebles de madera de castaño estaban tallados con el mismo motivo que se reproducía en los respaldos de las sillas agrupadas en torno a la mesa maciza del comedor. El delicado estampado del papel pintado de las paredes armonizaba bellamente con el tapizado de las sillas. Aunque Serafina prefería los acabados modernos, más sencillos, que ahora estaban de moda, la sala le pareció agradable y refinada.

Después de la sopa les sirvieron un rollo de ternera rellena, acompañada por una pasta de forma muy peculiar que Viktoria comía con mucho gusto, tanto que incluso repitió dos veces.

—¿No te gustan los *spätzle*? —le preguntó, al notar la mirada sorprendida de Serafina.

Esta asintió con la cabeza.

—Sí, están buenísimos. Pero no soy capaz de comer tantos como tú.

Aquel comentario provocó el regocijo general.

—No sé dónde mete esta niña la cantidad de *spätzle* que come —se burló Victor, con lo que se ganó una mueca intimidatoria de su hija.

»La cocina sueva me conquistó desde el primer día —confesó, y miró a Viktoria y a Judith—. Pero no fue lo único, claro —añadió, mientras tomaba la mano de su esposa. Judith rio y el ambiente, después del breve recuerdo de Friedrich Rheinberger, se tornó relajado y alegre.

Cuando Victor finalmente se levantó de la mesa y les ofreció un licor digestivo, Serafina negó con la cabeza.

—Debes de estar cansadísima —dijo Judith comprensiva.

—Sí, la verdad —respondió Serafina—. Ha sido un día muy largo.

—En ese caso, sube a tu habitación y yo le indicaré a Dora que te prepare un baño antes de dormir. Mañana verás el mundo de otra manera.

—Gracias, Judith. Me parece muy buen plan.

Viktoria, que estaba de pie junto a su madre, se ofreció a acompañarla de nuevo, pero Judith meneó la cabeza.

—Serafina necesita estar tranquila. Y tu día también está llegando a su fin. Lo mejor es que te vayas preparando para ir a la cama. Después paso a darte las buenas noches.

Para sorpresa de Serafina, la niña no protestó.

Judith mandó llamar a Dora y poco después la joven disfrutó de su baño en una bañera grande esmaltada de blanco, en la que habían disuelto sales de baño aromáticas.

Mientras se despojaba del cansancio del viaje en el agua caliente, recordó que había metido el correo de los últimos días en la maleta sin leerlo. Tal vez hubiera algo importante.

Después de secarse y ponerse un kimono de seda que le habían dejado preparado, buscó las cartas en su equipaje. Tomó un bombón de chocolate de la cajita que había comprado en la estación y se sentó en la cama para examinar la correspondencia.

La mayoría eran cartas dirigidas a su padre, y Serafina decidió entregárselas a Victor sin abrirlas. Pero le llamó la atención un sobre. Era grueso y no llevaba ni dirección ni remite. Olía a humo rancio de cigarrillo. Lo sostuvo unos minutos sin decidirse a abrirlo y por fin lo rasgó con cuidado introduciendo el meñique por un lateral.

Sobre la cama cayeron varias fotografías y un escalofrío le recorrió la espalda al reconocer lo que mostraban las imágenes.

Por una parte, lo sospechaba, pero al mismo tiempo esperaba equivocarse y no haberse comportado así. Los recuerdos de aquellas horas, de aquella noche horrible en la que había perdido totalmente el control, le resultaban vagos y confusos. Le pareció surrealista que la persona de las fotos fuera ella. Con mano temblorosa sacó una nota que acompañaba a las fotografías, pero vaciló antes de leerla.

Nadie debía ver jamás aquellas imágenes. Y Victor menos que nadie, pues con razón esperaría de ella un comportamiento decente. Y ella lo era, aunque aquellas fotografías transmitieran una imagen totalmente distinta. Nunca habría imaginado...

Con lágrimas en los ojos, leyó finalmente las pocas líneas y se le escapó un ligero gemido.

¿Quién sería capaz de hacerle esto?

Las pocas personas de su entorno la apreciaban, había celebrado una despedida con sus dos amigas más íntimas hacía pocos días. Ambas reaccionaron consternadas a la noticia de que Serafina se marchaba a vivir a Stuttgart. Y tampoco la señorita Schmidtke, su ama de llaves, sería capaz de semejante canallada. Además, no había hablado con nadie de la noche en el Metropol.

¿Quién sería?

La nota se le cayó de las manos mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. Se las secó con un gesto desesperado.

Había cometido un error. Por culpa de la muerte de la persona a quien más quería y la tristeza que le causaba su pérdida,

por culpa de su credulidad y una falsa esperanza... y por querer ir a la búsqueda de sus raíces.

Le ardían los ojos.

La habían engañado. No había otra explicación. Alguien la estaba utilizando para sus intrigas malvadas.

Aquella noche el sueño se le resistió. A pesar del cómodo edredón, Serafina dio vueltas y más vueltas, se levantó, volvió a la cama, bebió agua de la jarra que le habían dejado en la mesilla y estuvo pensando durante horas.

Y cuando los primeros rayos de sol penetraron por una rendija entre las cortinas, que llegaban hasta el suelo, había tomado una decisión.

## 2

*Fábrica de pianos A. Rothmann en Stuttgart, 3 de mayo de 1926*

ANTON ROTHMANN SE había levantado con el alba. Le habían encargado un piano de cola para conciertos y tenía que planificarse para pedir el material y calcular las horas de trabajo. Además, tenía varios pianos de pared casi listos para entregar. Anton se había especializado en la fabricación de modelos únicos, la mayoría con cuerpos originales que se diferenciaban de los clásicos bien en la forma, bien en el color, bien en el diseño, que era lo más habitual. Era muy conocido por su técnica de taraceado, por la que le llegaban encargos incluso de América.

En su amplio taller de la Augustenstrasse reinaba un intenso aroma a madera, con trazas de cola y barniz. Aquella mañana todavía se encontraba solo y, tras la ronda habitual en la que inspeccionaba el almacén, las herramientas y la temperatura de las salas, se detuvo frente a un piano de mesa que iba a ser entregado aquella misma tarde.

Lo contempló satisfecho y acarició la madera de nogal lacada. Cerrado como estaba, era imposible saber que bajo la superficie del escritorio se escondía un teclado completamente funcional.

Activó el mecanismo simple que permitía abrir la tapa y deslizó los dedos por las cincuenta y ocho teclas de marfil que quedaron al descubierto. Pulsó un do, tocó una escala y luego varios acordes. Después acercó una banqueta e interpretó «Who's Sorry Now», una pieza que había oído tocar a un cliente de

Nueva York y que le había cautivado. Le fascinaba ese tipo de música que llegaba a Europa desde el Nuevo Mundo, le parecía exótica y genial al mismo tiempo. Había formado un pequeño grupo de jazz junto a otros músicos para trasladar al escenario la impresionante fuerza de estas piezas musicales gracias al diálogo que se establecía entre los distintos instrumentos. Recientemente habían empezado a dar conciertos en el café Merkur, entre otros locales, y en los meses de verano también en los jardines municipales.

Anton dedicaba su vida a la música desde que, más de quince años atrás, su hermana Judith había hecho construir una salita de música en la mansión de sus padres, que equipó con un piano de cola de segunda mano de C. Bechstein. Aunque en realidad el instrumento estaba pensado para su hijo Martin, que ya desde muy pequeño había mostrado un extraordinario talento musical, desde el primer momento Anton sintió fascinación por el piano. Cuando Judith se dio cuenta de que su hermano intentaba imitar las piezas que tocaba Martin, le permitieron tomar clases de piano también a él. A partir de ese momento, se apropió del mundo de las notas y los tonos. Mientras Martin se convertía en un excelente pianista, Anton se fue interesando cada vez más por la mecánica de los instrumentos. En algún momento, el paso a la fabricación de pianos le resultó muy fácil.

Anton cerró los ojos y tocó «The Charleston», una auténtica novedad de James P. Johnson. Mientras los dedos volaban sobre las teclas, apareció una imagen en su mente: un rostro dulce con ojos color avellana y labios carnosos, enmarcado por una melena rubia clara. Elise.

Sin pausa, comenzó a improvisar sobre la obra de Beethoven del mismo nombre, a la que imprimía la energía y los acentos marcados de «The Charleston». De esta forma, la composición que en su melancólico tono original reflejaba con tanta precisión la ternura de Elise adquiría una personalidad arrebatadora.

Tan absorto estaba en la música que no oyó que alguien entraba en el taller.

—¡Buenos días, Anton!

Anton se giró hacia la voz.

—¡Alois! ¡Qué susto me has dado!

Alois Eberle soltó una carcajada.

—¡Bueno, ya es hora de que te pongas a trabajar, que te pasas el día dándole a las teclas!

—¡Pero si estoy trabajando! —replicó el joven, mientras cerraba con cuidado el piano de mesa. Se levantó y devolvió la banqueta a su lugar junto a la pared—. ¡Me alegro de verte, Alois! Tengo tanto que hacer que no he tenido tiempo de quedar contigo. ¿Qué te trae por aquí?

Eberle, un auténtico ciudadano de Stuttgart con el pelo blanco y espaldas cargadas, se sentó en la banqueta que Anton acababa de apartar.

—Ya sabes que la espalda me está causando problemas últimamente —dijo en tono de disculpa.

—Claro, siéntate —le ofreció Anton comprensivo—. Ahora mismo te traigo un café.

—No te molestes. Ya he tomado uno esta mañana —respondió Alois—. Mira, Anton, la razón de mi visita —continuó sin pausa— es que vino a verme tu hermano.

—¿Karl? ¿Para encargarte nuevas máquinas expendedoras?

—No, no era por eso. Las fabrican ellos mismos en el nuevo departamento de la fábrica de chocolate.

—Pero tú sigues construyendo algunas para Victor.

—¡Claro! ¡Los modelos especiales! Si no tuviera esos encargos, me moriría de aburrimiento.

—Ya me imagino —dijo Anton—. ¿Y qué quería Karl? Sabes que yo ya no me ocupo de los asuntos de la fábrica de chocolate.

Su amigo asintió con la cabeza.

—Me he dado cuenta. Y también he notado que entre Karl y tú hay algún problema.

—¿Lo has notado? —preguntó el chico sorprendido.

—Últimamente os pasáis el día discutiendo.

—Mientras no tengamos que trabajar juntos, no hay problema —replicó Anton evasivo. La verdad era que ya hacía mucho tiempo que las cosas estaban tensas entre Karl y él.

—A mí me da la impresión de que Karl no tiene muy en cuenta tus opiniones y de que a veces incluso se esfuerza por hacer las cosas exactamente al contrario de como le aconsejas tú —continuó Alois—. Entonces, es normal que estés decepcionado.

Anton se había acercado a una de las ventanas, cuyo cristal se hallaba cubierto por un ligero polvillo de madera, y miró hacia el exterior.

—No. Yo no diría decepcionado —explicó—. Pero en cuestiones fundamentales prefiero ser independiente, sobre todo respecto a Karl. Los dos somos completamente distintos, eso es todo.

—Anda, venga ya. Tan distintos no sois. Lo que pasa es que mantenéis un duelo que se os ha ido un poco de las manos.

—¿Así te lo parece? —preguntó Anton, con expresión de duda, y volvió la cabeza hacia Alois—. Yo no tengo la sensación de tener ningún tipo de enfrentamiento con él.

—Tú no, pero él sí. Tú te has labrado tu propia vida, mientras que a Karl le está costando mucho. Todavía depende de tu hermana y su marido. Necesita tener éxito por sí mismo de una vez, pero no lo consigue.

—¡Pero Judith y Victor le apoyan todo lo que pueden!

—Demasiado, en mi opinión. Así no puede demostrar de lo que es capaz por sí mismo, y los jóvenes necesitan ponerse a prueba.

Anton meditó las palabras de Alois.

—No lo había visto así —admitió el muchacho.

—Bueno, es solo mi opinión. Al final es cosa suya. Solo a él le corresponde decidir su camino.

—Tienes razón, Alois. Pero, por supuesto, me gustaría ayudarle, para que él también conozca la sensación del éxito. —Anton paseó la vista por su taller y sintió una repentina satisfacción interior. Miró a su interlocutor—. Si me hubiera quedado en la fábrica de chocolate, yo tampoco lo habría conseguido.

—Te entiendo, Anton —dijo Alois—. A mí tampoco me habría hecho feliz estar todo el día sentado en un despacho, que es lo que te habría tocado en la fábrica. Uno se siente enjaulado. ¡A nosotros dos nos gusta trabajar con las manos!

—Eso también. Pero, sobre todo, yo querría dirigir el negocio a mi manera. Y por mucho que aprecie a mi hermana y a mi cuñado, también sé que les cuesta mucho delegar las decisiones.

—Han tenido que luchar mucho por conservar la fábrica, y eso los ha marcado.

—Es comprensible, claro. Pero yo hace tiempo que entendí la situación y actué en consecuencia. A lo mejor Karl siente que le he dejado solo.

—Puede ser.

—De todas formas, yo creo que cada uno es responsable de su propia felicidad, Alois. Mi hermano, también.

—A mí lo que me hace feliz es la sidra—replicó Alois lacónico. Anton se rio.

—Bienaventurados los humildes. —Se acercó a su amigo y le puso una mano en el hombro—. ¿Para qué fue Karl a verte? —preguntó, volviendo al tema.

—Me encargó un disco de chocolate.

—No es mala idea, creo yo.

—No, pero no es tan sencillo.

—Hasta ahora has tenido éxito en todos tus proyectos —afirmó Anton con seguridad.

—No, con todos no—le contradijo—. Y con este disco de chocolate me encuentro en un dilema.

—No puede ser, ¿por qué?

—Va a resultar muy caro, Anton. —El hombre cambió de posición en la banqueta—. Necesitaría maquinaria nueva. Y me gustaría realizar mis propias grabaciones, pero no puedo adelantar tanto dinero. De todas formas, pienso que la idea del disco es excelente y que Karl debería tener la ocasión de demostrar lo que vale. Y me he puesto a experimentar un poco, claro.

—¿Con un disco de chocolate? ¿Y?

—Incluso tengo uno listo —anunció con una expresión pícaro.

—¿Y qué tal? ¿De verdad se oye la música? —preguntó Anton.

—¡Pues claro! —Parecía que Alois se había picado un poco en su espíritu de inventor—. Pero todavía no estoy satisfecho —matizó—. Se oye mucho ruido de fondo y algunos chasquidos. Para poder venderlos todavía tengo que perfeccionarlos.

Anton meditó un momento.

—Es una idea atractiva, aunque no sea nueva. La marca Stollwerck ya hizo algo similar, pero como juguete. Me acuerdo de esos fonógrafos en los que se podían poner discos de chocolate con canciones infantiles. Aunque, claro, los niños se los comían después de escucharlos tres veces, como mucho.

Eberle sonrió ampliamente.

—Es un milagro que escucharan los discos y no se los comieran incluso antes de ponerlos.

Anton no pudo evitar reírse.

—Sí, es un milagro, tienes razón. —Se quedó pensando—. Pero me pregunto por qué desde entonces no se ha hecho nada parecido. Ninguno de nuestros competidores ha seguido por esa línea. Y me pregunto también si Karl podrá ganar dinero con ello.

—Tu hermano quiere grabar esas cosas modernas que tú te pasas el día tocando.

—¿O sea que tiene intención de combinar el chocolate con el *swing*? Una idea muy tentadora. ¿Sabes qué, Alois? Voy a hablar con mis músicos. Seguro que tendrían ganas de hacer algo así.

—Muy bien. Pero hay que grabar la música y para eso hace falta el equipo adecuado.

—Sí, es verdad. Por eso es imprescindible que Karl hable con Victor y Judith. Si no, se pondrá a planear e invertir dinero sin que ellos dos sepan nada, y tienen que saberlo para poder hacer cálculos.

—Sí, estaría bien —respondió Alois—. Pero, por otro lado, me preocupa que le quiten el proyecto de las manos. A ver si a ti se te ocurre cómo evitarlo. A lo mejor puedes hablar tú con tu hermana, o adelantarle algo de dinero tú mismo. Ya encontrarás un modo de hacerlo, Anton, no me cabe duda.

—Y a mí tampoco me cabe ninguna duda de que tú seguirás trasteando con los discos de chocolate de Karl, ¿verdad?

—¡Pues claro! Y no solo de chocolate. Si nos metemos en algo así, no se trata solo de chocolate, sino, sobre todo, de discos de verdad, hechos con goma laca. Cualquiera otra cosa sería una tontería. Y ya me conoces, una vez que empiezo con algo, no puedo parar de darle vueltas. —Alois miró a Anton elocuentemente—. Y construir un equipo de grabación de ese tipo sería algo muy especial, tengo que intentarlo sin lugar a dudas... Por eso me gustaría tener noticias pronto.

—Te entiendo. —Anton asintió con la cabeza—. Entonces me pasaré a tomar una sidra contigo y veremos qué se puede hacer.

—Cuando quieras. ¡El barril está lleno!

—¡Bueno es saberlo! Gracias por haber venido, Alois.

Alois Eberle se puso de pie, levantó la mano en un gesto de despedida y atravesó renqueante el taller en dirección a la puerta.

—¡De nada!